

# Día de la Noche Sepulcral

Jean Rabe

—¿Qué encontraremos? —preguntó Solum'ke, por la que calculé que era la sexta vez desde que habíamos zarpado.

—Tal vez nada —respondí... otra vez—. Es solo una leyenda, después de todo. No esperes demasiado.

—Bien, Diergu-Rea Duhnes'rd, amor de mi vida, yo creo que algo cierto debe haber —persistió. Frunció sus bulbosos labios manchados en un delicioso mohín—. El qwohog también lo cree. De otra forma, no nos hubiera convencido de alquilar esta barcaza velera.

No te hubiera convencido, la corregí mentalmente. Convencido de gastar mis últimos créditos en el Día de la Noche Sepulcral.

Si nos hubiéramos quedado en la ciudad, y en tierra firme, podríamos haber reservado pasaje en esa corbeta coreliana que ocupaba la mayor parte del puerto, y así regresar a las rutas imperiales. Allí podríamos oír algunas pistas de contratos lucrativos. Había gastado tantos créditos en nuestras breves vacaciones en este planeta apartado que necesitaba cobrar una buena recompensa para reponer mi normalmente abultada cuenta.

Habíamos llegado a Zelos II hacía varios días buscando un poco de descanso. El lugar es conocido por sus sitios turísticos: balnearios elaborados y cantinas que atienden a toda clase de seres y toda clase de gustos y apetitos. Durante los pasados días he estado dilapidando pródigamente mis créditos en las exhibiciones y en los casinos, y por supuesto, en las habitaciones más que adecuadas en las que he estado cortejando a la adorable Solum'ke. Como yo, es una weequay, una humanoide de aspecto robusto con una seductora piel áspera y rugosa. La suya es de un encantador bronceado del desierto, una sombra más oscura en los lugares apropiados y relativamente lisa en su hermosa cabeza calva. Mi piel es de un gris oscuro, casi del color del magnífico penacho hirsuto que se extiende hasta el centro de mi espalda. Hacemos una atractiva pareja.

No tenemos que usar palabras entre nosotros, no habladas, al menos. Poseemos la habilidad de excretar feromonas que nos permiten comunicar nuestros estados de ánimo y deseos.

En ese preciso momento, mi deseo era estar en cualquier otro sitio, pero mantuve mis feromonas bajo control para no delatarme y decepcionarla.

—Mira las lunas —susurró con voz ronca. Sus feromonas dijeron que estaba de un humor muy romántico—. Son hermosas.

No tenemos que usar palabras. Pero me gusta el sonido de su voz, y ella lo sabe. Seguí su mirada. Zelos II tiene cuatro lunas, y había leído en alguna parte que la luz de luna es ingrediente esencial para un ambiente romántico.

Esa es una de las razones por las que sugerí que viniéramos a este planeta.

Desafortunadamente, también a causa de esas cuatro lunas ahora estábamos en una barcaza velera escasa de tripulación flotando a un metro sobre el Gran Mar Zelosi y dejando la tierra incómodamente atrás.

K'zk, el qwohog que pilotaba la barcaza alquilada, se había sentado en una mesa cercana en el restaurante que habíamos elegido para cenar la noche anterior. Parecía pequeño y fuera de lugar entre sus compañeros humanoides zelosianos, a quienes intentaba convencer sin éxito de hacer este mismo viaje. De hecho se veía muy fuera de lugar fuera del agua. Eso atrajo la atención de Solum'ke, que inmediatamente se mostró

más interesada en la arenga de K'zk que en mis susurradas palabras de adoración y en el pernil de lemock a la parrilla chisporroteando en su plato.

Los qwohogs son anfibios bípedos. Este era verde pálido, casi del mismo color que las cortinas del restaurante. Tenía escamas azul plateadas sobre su cabeza, orejas puntiagudas y largos dedos delgados que agitaba cada vez que pronunciaba una palabra. Su habla era extraña y entrecortada, áspera y nasal a través de la máscara vocalizadora que llevaba. Había aprendido que los qwohogs normalmente se comunican enviando vibraciones a través del agua —agua dulce— y necesitaban una máscara para ser comprendidos sobre las olas.

El agua salada no es su ambiente preferido, pero aparentemente este qwohog y sus compañeros se habían tragado sus miedos y estaban a punto de zarpar a través del Gran Mar Zelosi. Solo necesitaban que los acompañara alguien que no se opusiera a una posible inmersión en el agua salada.

—¿No es romántico? —susurró Solum'ke, interrumpiendo mis pensamientos. Se apoyó recatadamente contra la barandilla y contempló las tres lunas de Zelos II. Colgaban bajas en el cielo, prácticamente tocando el agua—. Las lunas, el agua, la brisa sobre mi piel. Realmente romántico.

—No si eres un zelosiano —dije acercándome y apoyando una mano en su cintura—. En este momento es media mañana, y en cualquier otra circunstancia no podrías ver estas lunas. La cuarta luna está alineada con el sol. Los nativos ya son bastante supersticiosos sobre las lunas, el día y la noche. Pero en este día en particular su comportamiento es extremo, o eso puedo decir según los chips de datos que he leído. No es extraño que K'zk no pudiera lograr que ninguno de los nativos viniera con él. Suicidios, demencia, histeria infundada. De hec...

—De acuerdo —dijo inexpresivamente, el tono juguetón súbitamente ausente en su voz—. Es un eclipse. No hay nada romántico en un eclipse, ¿eh? Al menos no para ti. Histeria. Que palabra tan romántica.

—El Día de la Noche Sepulcral —dije, pensando que debería decir algo para recuperar el ambiente. No debería haberme puesto analítico con ella—. No romántico en sí mismo, ciertamente. Pero todo es romántico, y perfecto, cuando estás conmigo.

Ella sonrió, revelando una perlada hilera de anchos y agudos dientes, y se apoyó contra mí.

—Estoy tan contenta de que hayamos venido a este lugar.

Mantuve mis feromonas bajo control, sonreí y pensé en mis créditos que continuaban evaporándose en la renta de la barcaza velera con cada kilómetro de mar que cruzábamos.

—En ningún otro lugar podríamos haber visto este día de noche —respondí mientras la sostenía contra mí.

La cultura zelosiana se desenvuelve alrededor del día y la noche, ambos aprendimos eso en nuestro primer día en el planeta. La luz es buena y la oscuridad es mala, de acuerdo con su filosofía, y durante este eclipse extremadamente raro, los nativos se encierran tras sus puertas con abyecto terror. Las cantinas y casinos cierran, los balnearios son clausurados, y solo naves no zelosianas llegan y parten del puerto. Incluso yo tuve que admitir que el cielo de la mañana lucía un poco extraño. El reflejo de las tres lunas llenas, una azul lívido, otra violeta pálido y otra de un brillo tenue verdoso, apenas más oscura que K'zk el qwohog, golpeaba las pequeñas olas, enviando patrones de luz danzando hacia la proa y el horizonte.

Entrecerré los ojos, divisando una mancha lejana frente a nosotros. Algo estaba interrumpiendo el espectáculo de luces.

—¡Naufragio a estribor! —gritó uno de los cuatro tripulantes qwohog. Era una tripulación reducida, ya que los zelosianos que trabajaban la barcaza se habían tomado el día libre para esconderse. Mi alquiler sólo había pagado el vehículo; K'zk proveyó la tripulación.

—¡Allí, K'zk! —gritó un qwohog corpulento—. Ese deslizador se ha destrozado. Debe haber encallado en las rocas.

El qwohog gesticuló agitadamente hacia los irregulares fragmentos de casco que flotaban en el agua oscura, esparcidos entre jirones de vela y aparejos.

Una punta de coral sobresalía desafiante en el medio de los desechos. El tope del deslizador arruinado, una mujer zelosiana de busto prominente, estaba atrapado contra la punta y golpeaba huecamente como un corazón latiente con cada ola. Había cuerpos, la mayoría flotando boca abajo, la vida hace tiempo escurrida de ellos. Algunos hombres estaban aferrados sobre los pedazos más grandes de casco y podrían estar aun con vida. Era imposible decirlo desde esta distancia, y el asunto se estaba volviendo más discutible. Divisé una pequeña coronilla redondeada cruzando a través del agua: melk. La bestia escamada, del tamaño de un roedor, se irguió, giró sus ojos y abrió la boca. En un instante había empezado a darse un banquete con uno de los posibles supervivientes. Otros melks estaban apareciendo, unas dos docenas, supuse. Imaginé que las olas, pintadas de negro por el eclipse, se estaban tiñendo rojas con sangre.

K'zk se acercó con pasos silenciosos, miró hacia la punta de coral y sacudió lentamente la cabeza.

—Hay demasiados bajíos por aquí. La marea es demasiado baja. Cualquier capitán de deslizador digno de su agua se hubiera dado cuenta, no hubiera llevado su deslizador a esas partes. —Deslizó sus dedos esbeltos por sus escamas—. ¡Bajen las velas! —gritó a través de su máscara—. ¡Mantengan nuestra posición! No quiero que seamos arrastrados más cerca. —Por lo bajo, le dijo al qwohog más cercano—. Lleva una balsa velera. Mira si puede haber algún sobreviviente. No arriesgaré esta barcaza entrando en esos bajos por ningún hombre. Diergu-Rea, ¿te importaría ir con él? Estamos un poco cortos de personal a causa del eclipse, ya sabes.

Fruncí el ceño. No me gusta el agua, pero sabía nadar, así que no tenía miedo de montar en una pequeña balsa velera. Pero no quería que nuestro capitán se pasara el resto del día buscando entre cuerpos hinchados. Con tantos melks alimentándose, las posibilidades de encontrar a alguien con vida eran tan grandes como de encontrar un veelgeg en un kemlish jalado de la profunda bahía de Kryndyn. Cero, en otras palabras. No me preocupaba que los melks me quisieran de cena. Con tanta carne en el agua, dejarían la balsa tranquila. Lo que me preocupaba era la pérdida de tiempo. Estábamos aquí para encontrar el Espinazo Zelosiano —o no encontrarlo, más probablemente— y volver a la seguridad relativa del puerto espacial de Kryndyn. Pensé en expresar mi objeción, dado que era yo quien financiaba este pequeño viaje, pero uno de los qwohogs me interrumpió.

—¡Encontré un par con vida, K'zk! —Un qwohog alerta tenía un par de macrobinoculares presionados sobre sus ojos, enfocados en el agua. Estaba gesticulando con un brazo esculido.

Dejé escapar un profundo suspiro y me dirigí a la balsa velera.

—Sí, iré.

—Yo también —agregó Solum'ke excitadamente. Sus feromonas me dijeron que estaba honestamente ansiosa por ayudar.

Trepamos a la balsa, buscamos el distribuidor de sintesoga para bajarlo un poco, y entonces accionamos el interruptor de los repulsores. El pequeño vehículo quedó suspendido medio metro sobre el agua. Volví la mirada hacia K'zk, que estaba revisando

la unidad de repulsores de la barcaza. Nuestro piloto qwohog guió la balsa entre los despojos. Por el estado de las destrozadas placas de la cubierta y el torcido mástil flotante, calculé que había tenido poco menos de la mitad del tamaño de la barcaza velera. Su mecanismo repulsor probablemente no era lo bastante poderoso para hacerlo flotar sobre los picos, y por tanto el deslizador había golpeado uno de ellos, averiándose.

El olor de los cuerpos aún no era fuerte, sugiriendo que los hombres habían muerto probablemente cerca del amanecer. Aun así, el olor era suficiente para hacer que Solum'ke frunciera las ventanas de su bonita nariz.

Ella señaló hacia los dos hombres que el qwohog había divisado milagrosamente. Humanos, no zelosianos como la mayoría de lo infortunados que flotaban boca abajo en el agua. Se aferraban desesperadamente a un par de contenedores de carga amarrados a otra punta de coral. Los mantenían fuera del agua, y a salvo de los melks, pero era un asidero precario.

Los hombres agitaron sus brazos frenéticamente, llamándonos. Mientras íbamos hacia ellos, la balsa rozó un escollo que asomaba justo sobre la superficie. Miré sobre el costado y la luz lunar reveló un arrecife superficial. Podría haber extendido mi mano y tocarlo, si no hubiera temido que un melk me arrancara la mano de un mordisco. Si hubiéramos llevado la barcaza velera para rescatar a esos hombres, podríamos haber encallado también y ser pasto de los melks.

Cuando llegamos junto a los contenedores, ayudé a subir a bordo a los sobrevivientes. Eran hombres pálidos, con cabello castaño oscuro, manchados de sangre. Sus facciones sugerían que eran corelianos; lejos de su hogar, pero no de la corbeta coreliana que estaba en el puerto. Si eran de esa nave, podrían resultar ser nuestro pasaje gratis fuera de aquí: transporte a cambio de salvar sus vidas.

El más viejo parecía estar en peores condiciones. Su labio estaba partido y una herida profunda a lo largo de su pierna se estaba hinchando, probablemente infectándose. Parecía como si un melk lo hubiese mordido y vuelto a escupir. Un primitivo arpón en su costado estaba cubierto de sangre y me pregunté si había logrado tomar un pedazo del reptil.

—Gracias a las lunas que alguien nos vio —dijo el más joven—. Habríamos estado muertos por la tarde si ustedes no hubieran llegado.

—¿Hay alguien más con vida? —preguntó Solum'ke.

El par sacudió sus cabezas, encontrando un lugar en el centro de la balsa velera y dejándose caer pesadamente en los asientos.

—Están durmiendo en el estómago de los melks —dijo el mayor. Me extendió su mano y yo la estreché.

Estaba terriblemente fría. Había estado en el agua un buen rato. Se presentó a sí mismo como Hanugar, y al sobreviviente más joven como Sevik.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Un arrecife de coral y una marea baja a causa del eclipse —dijo Hanugar—. El deslizador que alquilamos lo golpeó a última hora de anoche. Abrió el casco y arruinó el mecanismo repulsor. Era una buena nave, pero el capitán estaba nervioso deseando llegar a casa antes del Día de la Noche Sepulcral. Cuando encallamos, hizo agua tan rápidamente que fue imposible hacer algo para salvarla.

—¿Qué estaban haciendo tan lejos de la costa? —preguntó Solum'ke.

Sevik se encogió de hombros.

—Apreciando el paisaje. Cosas típicas de turistas.

El qwohog condujo la balsa de regreso a la barcaza, mientras escuchábamos a Hanugar y Sevik explicar como habían logrado a duras penas amarrar los contenedores y aferrarse a la punta de coral para evitar ser carnada de melk. Parecían sinceramente

agradecidos por el rescate y se ofrecieron a pagar nuestro pasaje fuera del planeta. Mi corazonada era correcta. Venían de la gran corbeta coreliana que estaba en el puerto.

Una vez en cubierta, Solum'ke atendió las heridas de los corelianos. Tiene un don para improvisar cataplasmas y vendajes; Quay sabe que ha tenido que vendarme muchas veces que terminé en el lado equivocado de una pelea de cantina.

—¿Qué los trajo aquí a esta hora de la noche? —nos preguntó Sevik. Era una pregunta justa. Nosotros se la habíamos hecho.

—Apreciando el paisaje. Cosas típicas de turistas —respondió Solum'ke.

—Luna de miel —susurré en respuesta, en voz baja para que él no pudiera oírme. Sonreí y me di la vuelta, sabiendo que Solum'ke no les diría la verdadera razón por la que estábamos aquí; buscar el tesoro que, según K'zk, estaba enterrado en el Espinazo Zelosiano.

Escuché a K'zk detrás de mí ordenar a uno de sus compañeros que trajera algo de alimento a los corelianos. Mientras el par devoraba su comida, escuché su charla casual. K'zk les decía que nos estábamos dirigiendo al sur, pensando en deslizarnos hacia las Islas Bryndas donde se podían encontrar los balnearios más exóticos. El qwohog sonaba convincente. ¡Ja!, pensé para mí. Él había tratado de convencer a los zelosianos en el restaurante de salir en esta loca búsqueda del tesoro con él. Pero ellos no habían querido saber nada a causa del eclipse. Entonces dirigió sus encantos hacia Solum'ke y tuvo éxito. La idea de un tesoro la atraía.

Escuché el batir de las velas izándose y ondeando sobre mí, las revoluciones del motor del repulsor. Hora de reanudar nuestra marcha.

K'zk nos había dicho que no podía buscar el tesoro por sí mismo. El problema era el agua salada. No podía respirar dentro de ella, y de sumergirse podría hacer que su piel se ampollara. Buscar el tesoro podría implicar mojarse, de ahí su necesidad de que alguien lo ayudara. Dijo que dividiríamos lo que fuera que encontráramos al cincuenta por ciento.

Sentí que la barcaza viraba hacia la derecha para evitar otro peligroso escollo de coral.

K'zk afirmaba que de acuerdo a la leyenda zelosiana, durante el Día de la Noche Sepulcral las mareas estarían en su punto más bajo. A muchas millas de la costa del continente principal, los escollos de la cumbre de la montaña sumergida, llamados el Espinazo Zelosiano, emergerían de las olas. Supuestamente, una gran riqueza yacía en una cueva de la cresta; tesoro que perteneciera una vez a un príncipe mercader. De acuerdo a la leyenda, hacía unos doscientos años, durante otro raro eclipse, la nave del príncipe fue atrapada por el pozo de gravedad de Zelos, arrastrada dentro de la atmósfera y se estrelló en el espinazo. El príncipe sobrevivió y ordenó a sus hombres que enterraran el tesoro en una cueva del escollo. Intentó hacer una balsa con parte de su nave arruinada, navegar hasta un puerto y comprar una nave que pudiera llevarlo de vuelta a su tesoro y luego fuera del planeta.

Pero de acuerdo a la leyenda, se ahogó antes de llegar a la playa. Los melks probablemente lo devoraron, y en las décadas que siguieron nadie había recuperado el tesoro del príncipe. Ni los zelosianos, que no saldrían durante el día de la Noche Sepulcral, ni los turistas, porque la leyenda era supuestamente un secreto bien guardado. K'zk no quiso decir como había oído de ella.

—¡El espinazo, K'zk! ¡Veo el Espinazo Zelosiano! —rugió uno de los qwohogs a través de su máscara vocalizadora.

Miré escépticamente por sobre la barandilla. Nada, excepto agua agitada. No podía ver que era lo que excitaba tanto al qwohog.

—¿K'zk? —escuché proponer a un qwohog—. ¿Vamos a entrar?

Sentí la barcaza velera moverse hacia delante, entonces miré más allá del bauprés. Allí, a unas doscientas yardas, algo asomaba por sobre las olas. A primera vista pensé que era la espina dorsal de alguna gigantesca criatura marina. Sentí mi mano deslizándose hacia mi bláster. Pero el espinazo no se movió, y me relajé un poco. Era solo otro escollo de coral.

Solum'ke estaba a mi lado. Había dejado a Sevik y Hanugar y se había acercado silenciosamente.

—Este debe ser —susurró—. Este tiene que ser el Espinazo Zelosiano.

—No lo sabes —le advertí suavemente—. Hay muchos escollos de coral por aquí y...

Sus ojos oscuros centellearon y su amplia boca se abrió mientras nos acercábamos al escollo.

Las lunas iluminaban los picos que sobresalían unos cuatro metros por sobre la superficie. Había algunos huecos profundos entre las rocas; cuevas, adiviné. La más grande era redonda, como el ojo de una bestia inmensa y estaba sobre la cumbre; la más pequeña estaba justo por sobre la superficie de las olas.

Escuché las velas arriándose, y el zumbido del motor del repulsor descendió a un susurro. K'zk explicó rápidamente que no quería arriesgar que el casco de la barcaza velera golpeará alguna roca oscura escondida apenas sobre la superficie, ya que no quería acabar como el deslizador de los corelianos.

—La leyenda del Espinazo Zelosiano —silbó Sevik.

—Eso es lo que estaban buscando, ¿verdad? —le preguntó Solum'ke.

El coreliano asintió.

—Sí, cosas de turistas... al igual que ustedes.

—Me pregunto que encontraremos —pensó en voz alta.

Meneé mi cabeza.

—Es solo un escollo, nada más, con algunas cuevas.

—El tesoro del príncipe está en una de las cuevas —dijo Solum'ke—. Cristales Etren tan grandes como mi puño, según la leyenda.

—Si este es el escollo correcto, y si la leyenda sobre el príncipe mercante es cierta —le advertí—. Pero el tesoro puede haber desaparecido, si es que hubo uno, para empezar. Sevik y Hanugar son prueba suficiente de que no somos los únicos buscadores de tesoros en el planeta. Y no lo olvides, han pasado muchos años, Sol, no tengas demasiadas esperanzas con todo esto.

Mis palabras y feromonas no estaban haciendo nada para disminuir su entusiasmo.

—Lleva la balsa velera tan cerca como puedas. —K'zk se había acercado a nuestras espaldas—. Cualquier cosa que encuentren, pónganla en estos sacos. No intenten esconderme nada. Lo dividiremos al cincuenta por ciento.

—¿Y que pasa con nosotros? —interrumpió Hanugar.

—Ustedes tienen sus vidas —dijo Solum'ke, con una nota amenazadora en su cálida voz—. Al cincuenta por ciento significa dos partes: la nuestra y la de los qwohogs.

Sus feromonas respaldaron su amenaza, aunque los corelianos no pudieran interpretarlas.

—Calma, calma —dijo el qwohog, sonando como un insecto zumbando en su máscara vocalizadora—. Podríamos cederles un poco si nos echan una mano.

Tomé un par de barras luminosas, me metí en la balsa velera y ayudé a Solum'ke a subir.

Ella era curiosa como un gato jaren y a pesar de mis esfuerzos no pude convencerla de permanecer en la barcaza velera mientras yo exploraba los alrededores. Sevik vino con nosotros, y Hanugar tomó la balsa velera de un solo hombre.

—¿Qué encontraremos? —se preguntó Solum'ke en voz alta mientras yo guiaba la balsa velera más cerca—. ¿Qué encontraremos?

—Quizás nada —dije yo... otra vez... mientras amarraba la balsa a una protuberancia rocosa.

Hanugar ya había desembarcado y se estaba dirigiendo hacia la caverna más grande de la cima, aquella que parecía mirar como el ojo de una bestia. Déjenlo buscar allí, pensé, mientras lo veía trepar en su interior. Si yo escondiera un tesoro, lo pondría en el lugar menos probable, y el lugar menos probable que podíamos ver esta noche parecía ser la cueva que había notado más cerca del agua, una estrecha grieta que se veía como una gran arruga negra. Estaríamos muy apretados. Las otras cuevas eran demasiado pequeñas para considerarlas. Era posible que hubiera más cuevas bajo la superficie.

Solum'ke me empujó hacia delante. Yo odiaba los lugares cerrados. Y odiaba las búsquedas de tesoros. Denme un puñado de contratos con piratas, espías y contrabandistas fracasados; te harás rico mucho más rápido.

Solum'ke le pasó una barra luminosa a Sevik. Él aun parecía estar en mal estado, a pesar de sus curaciones, pero sus ojos brillaban como los de ella ante la idea de riqueza. ¿Yo era el único realista en todo esto?, me pregunté. ¿Era el único que sabía que nos iríamos con las manos vacías? Sin embargo, haría cualquier cosa por complacer a Sol. Cualquier cosa por hacerla feliz. Sentí sus gruesos dedos rozar mi hombro. Estaba justo detrás de mí. Era fácil avanzar al principio, ya que había pocos bordes irregulares que lastimaran nuestras botas. Décadas bajo las olas habían suavizado la superficie de las rocas.

—Me pregunto que encontraremos —susurró otra vez.

Yo encogí mis anchos hombros y me deslicé dentro de la grieta. El espacio era pequeño, haciéndome sentir inquieto, y la barra luminosa que Solum'ke sostenía detrás de mí iluminaba los muros húmedos, enviando sombras jugueteando en los estrechos confines. Nuestras propias siluetas contra las rocas parecían extrañas y se sumaban a mi malestar. Aun así, me deslicé con cuidado hacia adelante y abajo, siguiendo el túnel natural, y entonces me detuve cuando escuché algo crujir bajo mis botas. Miré el suelo de piedra y pestañeé. Huesos, humanoides al parecer. Frágiles con el tiempo, pero blancos, limpiados por los melks, adiviné.

—¿Diergu-Rea? —la voz de Solum'ke estaba teñida con apenas un toque de nerviosismo.

—¿Qué encontraron? —gritó Sevik. No podía ver más allá de la forma agradablemente regordeta de Solum'ke.

—Lo que queda de anteriores buscadores de tesoros —respondí.

Quizás habían encontrado la grieta en un Día de la Noche Sepulcral hacía décadas y se habían demorado demasiado, quedando atrapados dentro, y se ahogaron cuando el eclipse terminó y el agua subió. O quizá algo más les había ocurrido. Apresuré nuestro paso y deseé que hubiéramos pensado en comprar respiradores antes de dejar el puerto.

Debíamos estar a más de cuatro metros bajo el nivel del mar cuando el pasadizo se volvió aun más estrecho y charcos de agua salada se arremolinaron a la altura de mis rodillas en las depresiones. No era extraño que el qwohog tuviera miedo de bajar aquí. El agua tenía tanta sal que incluso mi gruesa piel estaba irritada.

Para complicar las cosas, me sentía atrapado, como una bestia enjaulada. Casi le indiqué a Sol que volviéramos, pero algo centelleó adelante, acelerando incluso mi corazón receloso. Me escurrí entre los muros del túnel y me encogí cuando mi camisa se desgarró en una roca. Sentí la piedra cortar entre mis omóplatos y el calor de mi sangre corriendo por mi espalda. Mi espalda sanaría, Sol se encargaría de eso, pero la camisa no. Y era costosa, un regalo que ella me había dado en nuestra primera noche aquí.

—¿Cuánto falta? —gritó Sevik.

No lo sabía, así que no respondí. Continué abriéndome paso a través del túnel y bajando aún más. Los muros estaban resbaladizos con humedad y sospeché que lo que había atraído mi mirada era la luz de la barra luminosa reflejándose en el agua.

Pasé el dedo sobre la piedra enfrente de mí y lo llevé a mis labios. Más agua salada. Debía haber fisuras en algún lugar de las rocas, dejando entrar un poco del mar.

—No hay nada aquí —susurré a Solum'ke—. Volvamos y esperemos que Hanugar tenga más éxito.

Vi la mirada desanimada en sus ojos, leí sus feromonas que gritaban su decepción, y entonces su expresión y ánimo se iluminaron en un instante. Estaba mirando más allá de mí. Giré mi cuello y seguí su mirada. Cristales rojos. Un par de fragmentos se apoyaban en un saliente un poco más abajo. Fueron suficientes para hacerme olvidar mis preocupaciones y mi claustrofobia y seguir adelante.

—¡Encontramos algo! —le avisó Solum'ke a Sevik. Él dejó escapar un grito detrás de ella.

Mis botas crujieron sobre más huesos mientras alcanzaba el nicho con los cristales. Mas allá, el túnel se abría... como lo hizo mi boca. Una miríada de cristales multicolores se esparcía sobre el piso de una caverna natural, cubriendo cada palmo de piedra y centelleando alegremente como luciérnagas a la luz de la barra luminosa. Algunos cristales nos hacían guiños bajo la superficie de pequeños charcos, haciendo imposible decir a qué profundidad yacía la riqueza. Urnas, estatuas en miniatura, ídolos de metal trabajado, y más, atrajeron la atención de Solum'ke. Un gran cofre de madera ubicado en medio del cúmulo de riqueza atrajo la mía.

Emití un silbido bajo y fui hacia él, los tacones de mis botas tintineando a través de los cristales. Me arrodillé rápidamente ante el antiguo cofre. La madera apestaba, podrida con el tiempo.

—¡Somos ricos! —gritó Solum'ke—. Oh, Diergu-Rea, sabía que había algo cierto en la leyenda. ¡Lo sabía! ¡K'zk tenía razón!

Miré sobre mi hombro. Ella había apoyado su barra luminosa y estaba recogiendo cristales, dejándolos caer entre sus dedos y tintinear contra el piso. Sevik estaba ocupado rodeando las orillas de los charcos de agua salada. Empezó a desenrollar los sacos de lona que K'zk nos había dado y estaba decidiendo con qué llenarlos primero.

—Estos cristales son antiguos, amor —dijo Solum'ke. Estaba sosteniendo uno, casi con reverencia—. Nos estableceremos por el resto de nuestras vidas. —Pedazos de cuero podrido estaban desperdigados aquí y allá, restos de los sacos que habían contenido los cristales. Haciendo a un lado el cuero, ella arrojó los cristales en su saco—. Esto nos comprará nuestro propio carguero, una flota de ellos, quizás una luna en alguna parte.

Volví mi atención al cofre. Tenía un mecanismo de cierre grande y primitivo que estaba oxidado, al igual que las bandas de hierro que cruzaban la madera descolorida. Una placa de hierro en su parte superior tenía algún tipo de inscripción, pero estaba en un lenguaje que yo no podía leer. Busqué en mi cinturón y tomé una navaja arrojadiza rodiana. Introduje el mango en la cerradura, y un ruido hueco resonó en la cámara. La cerradura no cedería. Pero la madera era vieja, y concentré mi atención en ella. Me tomó un buen rato. Cuanto tiempo, no estoy seguro, pero finalmente hice un agujero en la parte de arriba del cofre. Busqué una barra luminosa, miré dentro de la cavidad y contuve la respiración.

—Diergu-Rea, ¿qué ves?



—Gemas, coronas, la riqueza de un príncipe, Sol —respondí roncamente. Mi garganta se había secado—. Cristales no tan grandes como tu puño, pero grandes. Vamos a ser muy ricos.

Ella chilló con deleite y me pasó un saco. Hundí mi mano en la abertura del cofre, cerrando mis dedos sobre las gemas, y empecé a extraerlas. La luz bailaba a través de sus facetas, y disfruté la vista por un momento antes de soltarlas en el saco. Mi brazo trabajó más rápido, dentro y fuera de la abertura, recuperando gemas centelleantes tan negras como el cielo de medianoche, otras azul pálido en forma de lágrimas, otras naranjas que se iluminaban con el calor de mi mano, y más. Dejé caer un collar de cristal verde sobre la cabeza de Sol, y regresé a recoger joyas en mi saco. Dejé que mis gruesos dedos jugaran a lo largo de la superficie de un gran brillo solar, me dejé llevar.

No estoy seguro de cuanto tiempo pasó; el tiempo parecía irrelevante con todo lo que había para saquear. Pero sé que fue tiempo suficiente para llenar mi saco de lona. Empecé a llenar mis bolsillos con las gemas que quedaban en el fondo del cofre. No iba a dejar que se me escapara ni una baratija.

—Apenas puedo levantar esto —gruñó Solum'ke. Era una weequay formidable, probablemente más fuerte que yo, y las costuras de su saco amenazaban con abrirse—. Si este planeta fuera más civilizado, podríamos haber alquilado androides para ayudarnos a cargar esto.

—No hay demasiados androides en Zelos II —intervino Sevik. Él también era fuerte, obviamente. Tenía dos sacos abultados, uno sobre cada hombro—. De hecho, no hay muchos...

Sus palabras se interrumpieron cuando le hice un gesto. Incliné mi cabeza hacia un costado y escuché. Agua.

—Algo está mal —dije. Mis feromonas le dijeron a Solum'ke que estaba preocupado. Me eché el saco sobre el hombro, tomé uno de las barras luminosas, y pasé junto a Sevik, entrando en el túnel. Había llegado a la parte más estrecha cuando me di cuenta de que algo estaba definitivamente muy mal. Un riachuelo de agua corría por el suelo rocoso, originando el sonido. Al principio parecía un pequeño reguero, pero mientras miraba, el agua se extendió y se volvió más rápida, convirtiéndose en un torrente. Se precipitó en los charcos de agua en las depresiones del túnel y salió por el otro lado como una catarata en miniatura.

—¡Sol! ¡Tenemos que salir de aquí, ahora! ¡Toma lo que tienes y vámonos! ¡Rápido! ¡Creo que el mar está subiendo!

Escuché a Solum'ke rebuscando a través de los cristales en el suelo detrás de mí. Una mirada sobre mi hombro reveló que los pies de Sevik parecían haber echado raíces en el lugar, sus ojos fijos en los cristales que estábamos dejando atrás.

—¡Sol! —grité, cabeceando hacia nuestro invitado.

Ella le dio un rudo codazo que pareció volverlo a la realidad. Él cerró la retaguardia de nuestra pequeña comitiva, cargando sus sacos prácticamente sin esfuerzo.

Era más difícil ir escalando el túnel. Era más empinado de lo que había creído, y el suelo era resbaladizo. Mientras nos acercábamos a la salida, el agua entró corriendo aún más rápido, agitándose entre nuestras rodillas, y luego muslos.

Un momento después, mi cabeza asomó por la abertura, y me balanceé en el borde para evitar caer al mar, que ahora lamía mi cintura. Dejé que la barra luminosa se deslizara entre mis dedos; no la necesitaba. El cielo estaba más claro, el eclipse terminaba, y la marea subía rápidamente. Empecé a trepar lo que quedaba del escollo, indicando a Sol que me siguiera.

La balsa velera de Hanugar se estaba dirigiendo a la barcaza, a lo largo de cuya cubierta permanecían todos los qwohogs. Nuestra balsa velera estaba arruinada, había

una profunda hendidura en su casco donde estaba el mecanismo repulsor. El mecanismo era un inútil pedazo de historia, destrozado al estrellarse contra una aguda punta de coral. La balsa velera aun flotaba, pero como un bote primitivo, en el agua, no sobre ella. Y no tenía energía.

Una ola rompió contra mi pecho, amenazando con empujarme hacia abajo. El mar estaba subiendo aun más rápido ahora, y sabía que en minutos estaríamos andando en el agua, o ahogándonos en ella si no soltábamos las gemas.

—¡Cuando el mar esté un poco más alto, llevaré la barcaza! —gritó K'zk. Gritó algo más, pero sus palabras se perdieron por el romper de una ola contra las rocas a nuestro alrededor.

Los minutos parecieron arrastrarse mientras el mar se elevaba hasta nuestros hombros. Observamos a Hanugar atar su balsa velera a la baranda y subir a la barcaza. La balsa de Hanugar fue izada.

¡La balsa! ¡Nuestra balsa! Mis ojos buscaron y se fijaron en la nuestra, dañada. Estaba a la deriva, alejándose de nosotros. Serviría para mantenernos sobre el agua.

—¡Rápido! —le grité a Solum'ke, mientras señalaba hacia la balsa. Había divisado un par de cabezas de melk en la distancia, naturalmente enfilando en nuestra dirección. Y quería desesperadamente salir rápido de su elemento. Sentí el escozor del agua salada contra mi espalda donde me había cortado, y sabía que mi sangre se estaba filtrando en el mar. Guiaría a los melks directo a nosotros.

—¿Dónde está Sevik? —gritó Solum'ke. De alguna forma había logrado alcanzar la balsa y había arrojado su saco en el fondo. Subiéndose por el costado, empezó a usar sus brazos como remos para llevar la balsa arruinada hacia mí.

El agua alcanzaba mi barbilla ahora, y yo tenía que elevar mi cabeza hacia el cielo que se iba iluminando para mantener mi boca sobre ella.

—¡No hay señal de él! —contesté—. ¡Puede haberse ahogado!

En un puñado de latidos, ella estaba alzándonos a mi saco y a mí dentro de la balsa. Miré hacia la barcaza velera, a Hanugar que estaba de pie junto a la baranda. Y entonces mi boca se abrió sorprendida cuando vi a Sevik trepando por el costado de la nave, con los dos sacos aun sobre sus hombros. Debería haber sido físicamente imposible para él haber nadado tan lejos con el peso de los cristales. A menos... Miré más detenidamente, y encontré un cinturón repulsor alrededor de su cintura.

—Tú, sucia excusa para un atusador de papada nimbanés...

El resto de mis palabras fueron ahogados por una ola estrellándose contra el costado de nuestra balsa. Vi la barcaza velera flotar más alto y deslizarse hacia nosotros.

—¡Arrójanos una cuerda! —grité.

—¡Los cristales primero! —respondió Sevik mientras se inclinaba sobre el costado con un cabo de sintesoga.

—¡No! —gritamos Solum'ke y yo prácticamente al unísono. Nos aferramos a nuestros tesoros.

K'zk estaba al lado de Sevik, mirando sobre el borde, un rifle bláster apuntado a la hermosa cara de Solum'ke. Su voz crujió a través de la máscara vocalizadora.

—Tomaremos todos los cristales... de una manera u otra.

Solum'ke buscó su bláster. ¿Qué paso con el cincuenta por ciento?, preguntaban sus feromonas.

—El agua salada —le susurré.

La oí gruñir. Nuestros blásters serían inútiles, arruinados por nuestro chapuzón en el mar. Pasé mis brazos por sus hombros, y ella se desplomó contra mí, mientras cedíamos y veíamos nuestros sacos de gemas y cristales elevarse a la barcaza velera del traicionero qwohog.

—Tan solo dime —le grité a K'zk—: ¿estaban los corelianos involucrados en todo esto desde el principio? Obviamente los conoces.

—Por supuesto. Socios. Al cincuenta por ciento —replicó el qwohog mientras movía la barcaza velera a pocos metros de nuestra balsa arruinada—. Recibí un mensaje de que estaban varados, así que tuvimos que pasar a por ellos antes de buscar la cresta. Todos buscábamos el Espinazo Zelosiano, ellos en el deslizador y yo con la barcaza. Dos barcos tendrían muchas más oportunidades de encontrarla. Naufragaron realmente en el escollo, perdiendo algunos de nuestros compañeros en el proceso. Nuestro capitán no estará complacido.

—¡Pero esto debería apaciguarlo! —rió Sevik, alzando un gran cristal.

—¿Y entonces para qué nos necesitabais? —dije con sarcasmo.

—Un seguro en caso de que ellos no encontraran el escollo —fue la breve respuesta del qwohog—. O en caso de que no pudiera salvar a ninguno de mis amigos corelianos. No puedo lidiar con el agua salada, ya sabes. Además, fuisteis un buen par de manos extra. Lamento dejaros varados aquí, os portasteis deportivamente en todo el asunto, incluso pagasteis el alquiler de la barcaza velera. Pero no podemos dejar que nos entreguéis a las autoridades antes de que tengamos oportunidad de salir del planeta.

—La corbeta

El qwohog asintió.

—Nuestra nave. Y mejor nos damos prisa. El capitán nos está esperando. ¡Gracias por vuestra ayuda!

Mientras las lunas se apagaban y el sol salía, desterrando toda señal del eclipse, miramos como la barcaza velera se convertía en un punto sobre las olas y luego desaparecía. Nuestra pequeña balsa velera se balanceaba cerca del arrecife, aún a flote, protegiéndonos de los melks.

—Moriremos aquí —dijo Solum'ke. Nunca la había escuchado tan triste.

—No estamos tan lejos de la costa. Otras barcasas saldrán antes de que el día avance, dirigiéndose hacia los balnearios en las Islas Bryndas. Alguien nos rescatará.

—Perdimos todo —continuó lamentándose—. Todo ese tesoro. Todos esos...

Llevó una mano a su cuello, al collar de cristal verde que yo había puesto allí. Busqué en mis bolsillos y saqué un puñado de brillos solares.

—Cada bolsillo está lleno —dije—. Es más que suficiente para pagar a nuestros rescatadores y sacar pasaje fuera de este lugar... comprarnos un pequeño carguero, uno nuevo quizá.

—Y aun tenemos nuestras vidas —dijo, iluminándose un poco.

—Unas muy largas —agregué. Ella notó el brillo en mis ojos—. Quizá en otra docena de décadas podamos regresar aquí, durante el siguiente Día de la Noche Sepulcral.

—Tomar lo que dejamos en el Espinazo Zelosiano —concluyó.

La atraje hacia mí y enterré mi nariz contra su cuello aun húmedo. Ella olía a mar y a verano. Embriagador.

Solum'ke me abrazó a su vez.

—¿En que estás pensando? —susurró después de unos momentos de silencio.

—Un qwohog.

—¿Y dos corelianos?

—No deberían ser muy difíciles de encontrar.

—No para los mejores cazadores de recompensas en el sector —respondió—. Creo que ya escucho otra barcaza velera viniendo en nuestra dirección.